

EL VIAJE

NO podía concebir que le gustase a nadie viajar. ¿Cómo podía haber alguien que estuviera todos los días arriba y abajo viajando? No, a él no le gustaba eso. Se acurrucaba, inquieto, en su asiento sin mirar a ningún lado por temor a encontrarse con las miradas de los otros. Siempre que le hablaban de viajes sentía una sensación de vacío en el estómago.

Le sobresaltó el sonido del «claxon» del autobús. Después pasó un camión cargado en dirección contraria y produjo un ruido desagradable, un tableteo fuerte e impresionante que le asustó. Parecía como si, de repente, estos ruidos fueran órdenes para interrumpirle en su ensimismamiento: se quedaba después de oírlos como desnudo, desamparado a la mirada de todos, y le entraba vergüenza.

Salían ahora de la ciudad y el autobús enfiló la carretera general. Iba lleno, hasta los topes; iban muchos, no los podía contar, pero tal vez habría unos cincuenta y tantos: en los autobuses modernos caben muchos.

Oía a su alrededor hablar y hubiera podido hacerlo también él, pero quería sentirse solo, al mismo tiempo que le molestaba estarlo.

El autobús dió un frenazo. Se sobresaltó: Era tan fácil que chocaran, que cayeran por un precipicio. Sintió un escalofrío general por todo el cuerpo. Comprendía ahora a su madre. Cuando se despedía le había visto lágrimas en los ojos. ¡Bah, cosas de mujeres! En estos momentos comprendía que su madre llorara. La muerte rondaba en los viajes. Nunca se sabe si se volverá de un viaje. Si el chófer no hubiera sido listo podían haber chocado. Se imaginaba el coche volcado en la cuneta y



los heridos lamentándose. Valía más perder la vida que una pierna o un brazo, que ser un inútil toda la vida. Corría demasiado el autobús, como si la vida de cuarenta y tantas personas—cuarenta y ocho acababa de leer—no tuviera importancia alguna.

Si al menos se llegase al destino sin esas horas absurdas de viaje, pero no, ahí están los viajes siempre necesarios para llegar a los sitios. Una vez que llega uno, descansa, está como en su casa. Bueno, como en su casa no estaría en ningún sitio. ¡Qué cansado se sentía! Empezar un viaje, levantarse a las seis de la mañana, cuando todos los días lo hacía pasadas las nueve, hora habitual de marcha a la oficina, ver alrededor de uno, cabizbajos, a los seres queridos, como fantasmas, sin hablar casi, preparando el café, los bocadillos, dando la sensación de que ocurre algo irreparable. Despedidas, besos, lágrimas, y salir de casa atontolinado y sentarse en el interior del coche, derrumbado, sintiendo como le miran a uno, como a un ser extraño que sin pedir permiso se sienta en un asiento, sin darse cuenta de que todos somos hermanos y de que todos somos dignos de consideración y lástima.

¡Cuánto hubiera dado por haberse quedado en casa, por no haber salido! ¡Qué envidia le daba su casa! ¡Qué consuelo pensar en todos sus movimientos cotidianos, habituales! Despertarse cuando el sol, cansado de llamar a las persianas, se introduce curioso por las rendijas, acariciando tímidamente la cara, las manos y en seguida inundándolo todo, despejándolo todo. Despertarse oyendo la voz cariñosa que nos llama holgazán, tirándonos de las sábanas, trayendo el café con leche calentito que sabe a gloria... Sí, y de pronto, por tener que ir a una ciudad nueva, este absurdo viaje; y de pronto, tener que levantarse a las seis...

El coche se paraba. ¿Qué pueblo podía ser aquél? No conocía el trayecto. Había transcurrido bastante tiempo. Miró por la ventanilla. La gente que pasaba por la calle miraba con curiosidad a los ocupantes del autobús. A lo peor me envidian, pensó. Tal vez a estas gentes les gustaría estar en mi interior. A la gente pobre les gusta esto de los viajes. Sin saber porqué, le gusto el pensamiento.

Le interrumpió un pisotón. Subía gente al coche. ¿Es que podían haber más? No debía pararse tanto. Los nuevos viajeros le parecieron aturdidos, paletos, diciendos tonterías y excusas bobas, como el decir que estaba muy lleno. ¡Cómo si no lo vieses ellos! ¡Que se quedaran en tierra si iba tan lleno! Les miró duramente.



El vecino charlaba animadamente con uno que iba de pie. Todo el mundo fumaba y la atmósfera era densa, de esas que se pueden cortar con un cuchillo. Echó mano a la petaca pero leyó «se prohíbe fumar» y la volvió a dejar en el bolsillo. ¿Es que no llegaría nunca el coche a su destino? ¿Cuánto tiempo hacía que iba corriendo? Un coche detrás pitaba furioso pidiendo paso. Le molestó que les pasase. Estos coches modernos van a velocidades increíbles. Le pareció que el autobús era una tortuga comparado con aquello.

Se volvió a parar el autobús. Absurda tanta parada. Esto lo dijo, sin querer, en voz alta. El vecino le miró un momento y le contestó que tenía razón. Empezaron a hablar de la compañía de autobuses a la que sólo importaba el dinero, y luego de lo mal que estaban las comunicaciones en España. De ahí pasaron a otros temas. Era simpático aquel hombre. Al principio le había parecido tonto, pero decía cosas muy ingeniosas y con mucha sal. Un dulce sopor le iba calando hasta lo más hondo, le iba embriagando. Sacó su petaca y ofreció un cigarrillo a su vecino. Empezó a echar bocanadas de humo y se distrajo viendo las formas que el humo tomaba.

El autobús paraba en otro pueblecito. Unos carros impedían que avanzase. Parecían gente bárbara, incivilizada, unos cretinos allí atontolinados, sin saber qué hacer con el carro, ni echarle para adelante ni para atrás. ¿Pero no se daban cuenta de que el autobús tenía que seguir y que eso era lo más importante en aquel momento? Les insultó en su interior y le hizo un gesto de enfado desde la ventanilla. Empezaron una conversación sobre la educación y el atraso del pueblo español en la que casi todos los ocupantes del coche, en aquel sector, tomaron parte.

Hacia ya varias horas que el autobús rodaba por la carretera. Los ojos se le iban cerrando. Casi no pensaba, ni podía pensar. Un sopor suave le imposibilitaba para concentrarse en nada. Iba buscando instintivamente posturas para que el cuerpo se quedara al fin bien, sin moverse, quedo, igual que su pensamiento. Abrió los ojos un par de veces sin ver nada en concreto y se quedó dormido. Empezó a soñar...

Le despertó el vecino. Estaban llegando al punto a donde iba él, al punto de destino. Se veía la torre de la catedral desde la ventanilla. El vecino empezó a hablarle de la ciudad pero él no escuchaba nada. Aquello era su meta. Pensaba y el vecino insistía en sus explicaciones impiéndole pensar. Le encontró nuevamente tonto y pedante.



Sentía una nueva inquietud rondándole cerca, mientras el coche entraba en las primeras calles de la barriada. Algunos viajeros iban cogiendo sus gabardinas y paquetes. Le pareció que se daban demasiada prisa, que eran demasiado impacientes.

Al fin el coche se paró. Sintió una sensación extraña cuando el motor dejó de trepidar. Como si algo hubiese fallado; como si algo se hubiese consumado. Vió la gente que iba por la calle, deprisa, llenando las aceras, unas yendo y otras viniendo. Encontraba todas las caras preocupadas, indescifrables, extrañas. No, no le gustaba aquello. Los viajeros parecían locos, empujándose y atropellándose por salir todos juntos.

Le hubiera gustado dormirse allí, otra vez como antes, en su asiento. Se estaba tan calentito... Cuando abrieron la puertezuela de salida había entrado un soplo de aire fresco de la calle. Hacía frío en aquella ciudad. Y no tenía más remedio que bajar del coche, aquel era su destino, su punto final. A los viajeros les quitaban las maletas de las manos, nombrándoles hoteles, restaurantes. Parecía un mundo extraño aquel. Y tenía que bajar del coche, no tenía más remedio. Pero sentía un miedo invencible.

Se quedó quieto en su asiento. El autobús sonó el «claxon» y empezó a marchar hacia otra ciudad, hacia otro punto de destino. Desde la ventanilla vió cómo se quedaban atrás los que antes eran viajeros. Echó mano a la petaca para liar un cigarrillo.

